

los reos. Acercáronse los verdugos á Julita para cortarle la cabeza: hincóse de rodillas; y habiendo obtenido de estos hombres algunos momentos, hizo esta oracion: "Gracias os doy, Dios mio, de que os hayais dignado dar á mi hijo una silla en vuestro Reyno: tened la bondad, Señor, de querer recibir tambien en él á vuestra sierva, por indigna que sea: concededme la entrada en la sala nupcial, como la concedísteis á las vírgenes prudentes, para que mi alma bendiga eternamente á vuestro Padre, que es el solo Dios, que ha criado, y que conserva todas las cosas: que os bendiga, Señor, y que bendiga al Espíritu Santo." Derribóle el verdugo la cabeza en el mismo momento en que su boca acabó de pronunciar Amen. Fue arrojado el cuerpo fuera de la Ciudad en el mismo lugar en que fue echado el de su querido hijo. Al dia siguiente las dos criadas, que se ocultaron durante esta execucion, salieron de su retiro, y tuvieron bastante valor, y resolucion para levantar las sagradas reliquias de su ama, y del niño. Enterráronlas en un campo cerca de la Ciudad. Algunos años despues el gran Constantino, habiendo sacado del cautiverio á la verdad, y á la Iglesia, una de estas criadas, que aún vivía, descubrió el lugar que encerraba en sí este precioso depósito, y se llegó á hacer despues célebre por la piedad de los Fieles, que venian á él á implorar el socorro de estos dos Mártires.

DIS-

## DISCURSO, U ORACION

## DE S. GREGORIO NISENO

SOBRE

## S. TEODORO MARTIR (1).

Año de Jesu-Christo 306, en el imperio de Galerio, y de Maximino.

**S**agrado rebaño del Salvador: vosotros, á quienes ha elegido por su Pueblo: Nacion santa, familia Real honrada con el Sacerdocio: numerosas tropas de Fieles, que acudís á este lugar de las Ciudades, y del campo; ¿qué motivo es el que os trae á él? ¿Qué os obliga á dexar vuestros hogares, y os hace emprender un viage tan largo, y tan penoso, en una estacion tan cruel, en lo mas fuerte del invierno, y en tiempo de nieves, y de escarchas? Toda la naturaleza está en inaccion, todo el mundo descansa: el soldado dexa su arco, y sus flechas, para no volverlas á tomar hasta la primavera: el piloto desarma su navío; y el labrador desunce, y aparta su arado. ¿Es acaso porque el Santo Martir, cuya memoria celebramos hoy dia, ha tocado la trompeta para atraeros aquí de todas partes? ¿Ha hecho de

Tom.III. E su

(1) La Iglesia Griega hace memoria de él el dia 18 de Febrero; y la Iglesia Latina el 9 de Noviembre.

su sepulcro un quartel de asamblea, no para marchar contra el enemigo, ó para dar combate, sino para gustar juntos en una union santa, y del todo christiana los dulces frutos de la paz, de aquella paz que él mismo nos ha procurado? Porque en fin, hermanos míos, ya no dudais que él sea quien por sus oraciones conjuró el año pasado aquella tempestad dispuesta á caer sobre nuestras Provincias: quien detuvo aquella inundacion de bárbaros, aquel diluvio de Escitas, de que nuestros campos iban á ser cubiertos, si él no hubiese estado delante de ellos, y esparcido el terror en sus batallones, mostrándose armado á su vista, no de un casco sombreado de plumas, ó erizado de tres crestas: no de una espada, cuyo filo reluciente, y bien templado corta el hierro, y el acero; sino de la Cruz de Jesu Christo, de aquella Cruz ante quien los males mas horribles calman: de aquella Cruz fecunda en milagros: de aquella Cruz, en fin, á quien nuestro Señor debe toda su gloria.

Dexó la grande alma de Teodoro la tierra, y fue á tomar su silla en el cielo: allí goza con las demás almas bienaventuradas de una felicidad infinita, mientras que su cuerpo reposa acá entre nosotros en un magnífico sepulcro, que es el objeto de nuestra veneracion, y de nuestro culto; y que recibe el honor que le es debido á aquel cuya extrema pureza jamás fue manchada mientras que el alma hizo en él su asiento. Estas sagradas reliquias son como un precioso depósito, que

cada siglo conserva con mucho cuidado, para representarle en el dia de la resurreccion general, como una porcion de materia rara, y exquisita, adornada de mil excelentes qualidades: un cuerpo bien diferente de los demás cuya muerte ha sido vulgar, y comun. Porque á vista de estos, el alma se llena de horror. Nadie gusta de ver las sepulturas; y si la casualidad nos hace encontrar alguna abierta, al punto retiramos la vista. Aquellos residuos, que se le han escapado al tiempo, y á los gusanos, nos hacen estremecer; y huimos de este objeto con precipitacion, gimiendo sobre la triste condicion de la naturaleza humana. No sucede así con los sepulcros de los Santos, con aquellos lugares semejantes á este en que nos hallamos hoy dia juntos, en que el justo es honrado, y en el que sus reliquias vienen á ser el objeto de la devocion de los pueblos. Los ojos se quedan gustosamente parados al ver la magnificencia de lo que se les presenta. Un Templo de una arquitectura soberbia, y en que el arte ha enlazado mil adornos. Sus paredes están incrustadas de un betun, que imita á la lisura de la plata bruñida. Aquí el escultor ha formado bajos relieves, que parecen animados. Allí ha puesto el pintor en sus lienzos otros tantos delicados rasgos, como ha dado pinceladas. En él se ven pintadas las principales acciones del Martir: el horror que tiene al sacrificio abominable, que le proponen, lo está manifestando su rostro: allí se perciben diversos instrumentos de suplicios: aquí

un horno, que están encendiendo para arrojar en él al Santo: el artífice no ha olvidado sacar al natural el ceño terrible, y amenazador de un Tirano furioso: Jesu-Christo mismo se aparece allí como Juez del combate: en una palabra, la sabia mano, que ha trazado todas estas figuras, nos pone á la vista, como un gran libro, en donde podemos leer gustosamente los trabajos, la victoria, la dichosa muerte, y la entrada triunfante del Santo Martir en la gloria. La admirable diversidad de colores, que forman los caracteres, dá á este lugar el ayre, y el agrado de una pradera sembrada de flores. En fin, esta pintura, por muda que sea, tiene el secreto de hablar á los ojos, y de instruir guardando silencio. El mismo pavimento de este augusto Templo es una pintura, en donde el conjunto (1) excesivo de un millon de piedrecitas de diferentes colores, acaba de enseñar al piadoso viagero la historia del Santo que allí se venera.

Pero despues que sus ojos, aturdidos, y encantados, se han satisfecho á vista de tantas cosas raras, no piensa mas que en satisfacer su devoción, acercándose al sepulcro. En él cree hallar una fuente de bendiciones, su santificacion, gracias, y socorro contra los enemigos de su salvacion. ¡Pues qué, si se le permite tomar de la tierra, ó polvo que está al pie del sepulcro! Júntale con respeto: levántale con una extrema satisfac-

(1) Obra á la mesayca.

cion: guárdale con cuidado; y le parece que posee un tesoro en una poca de tierra. Porque tocar á las mismas Reliquias, ese es un favor señalado, concedido á pocas personas. Los que tuvieron semejante dicha, saben muy bien cuántas súplicas les ha costado, cuántas instancias para lograrlo.

Entonces abrazan el sagrado cuerpo, como si estuviese vivo: le besan respetuosamente: lo miran con ansia: aplican á alguna parte de él sus ojos, su boca, sus oídos, y todos sus sentidos. Despues se dirigen á él, como si le viesen presente: le suplican: derraman lágrimas para moverle: le piden su intercesion; y le ruegan sea para con Dios su protector, y su abogado. Concedid por aquí, hermanos míos, de qué gloria se complace Dios en colmar á sus Santos, quando su muerte es preciosa en su presencia. ¿Cuál es el Rey, cuál es el Monarca, que haya triunfado mas gloriosamente, durante su vida, que los siervos de Dios despues de su muerte? ¿Dónde están esos grandes, esos poderosos de la tierra? Que nos digan si semejantes honores han acompañado jamás á su sepultura; qué votos les han llevado los hombres á sus sepulcros. ¿Quién de esos conquistadores de Ciudades, de esos donadores de pueblos, de esos famosos capitanes, ha visto su memoria célebre por todo el mundo, cantada por todas las naciones; su nombre exaltado, anunciado, y publicado por un millon de bocas, como lo son hoy dia el nombre, y la memoria de un pobre soldado, que S. Pabló se dignó

armar de su mano, pero á quien Jesu-Christo con la suya no se ha desdeñado coronarle?

Esta dichosa region, á quien bañan los primeros rayos del sol, vió nacer á nuestro ilustre soldado á principios del siglo inmediato, como vió al santo hombre Job muchos siglos antes. Animados uno, y otro de un mismo espíritu, mostraron en sus costumbres la misma pureza, y la misma rectitud. Ahora que nuestro Martir habita un país sujeto á un Soberano, que lo es de toda la tierra, se puede decir que todo el mundo es su patria. Alistado en las tropas Romanas, vino con su legion á pasar el invierno en Amasea; y por aquel tiempo se suscitó de repente en el Imperio una guerra sangrienta, no por la incursion impensada de los Bárbaros, sino por los enredos, y las intrigas de Satanás. Hizo este publicar la declaracion en un edicto impío, que se oponía á Dios en derechura, obligando á los Christianos, ó á renunciarle, ó á perder la vida. Entonces nuestro nuevo soldado, alimentado en la piedad, lleno de Jesu-Christo, llevando su confesion de Fé escrita sobre su frente: el bienaventurado Teodoro, digo, aunque poco experimentado en el arte de la guerra, se mostró un hombre consumado en la ciencia de los Santos, y en la práctica de las virtudes. No se le vió ceder al temor, ni inmutarse á vista de los peligros, ni callar por cobardía, ó si se quiere decir, por una afeminada prudencia, ó una tímida política. Y así como Herodes, y Pilato se unieron

en otro tiempo contra Jesu-Christo, del mismo modo el Gobernador de Amasea, y el Tribuno de la legion en que servía Teodoro, se conviniéron para formarle su causa. Citado por ambos, le dixerón: ¿De dónde os viene esta audacia, y quién os ha hecho tan resuelto, y tan temerario, que se atreva á rehusar obedecer las órdenes del Emperador, quando debíais recibirlas de rodillas con un temor respetuoso? ¿Por qué no adorais á los Dioses, que gustan los Emperadores (1) hacer adorar á sus vasallos? Teodoro, sin mudar de color, respondió con un tono de voz constante: Yo no conozco muchos Dioses, ni hay mas que uno. Vosotros vais errados, quando honrais con el nombre de Dioses á los demonios, aquellos espíritus mentirosos, é impostores. Jesu-Christo es mi Dios, y el Hijo único de Dios; y así qualquiera que quisiere obligarme á abandonar mi Religion, si pretende forzarme á ello, haciéndome maltratar á azotes, bien puede, si quiere, hacerme desgarrar con uñas de hierro, y añadir los braseros ardiendo; y si mi discurso le ofende, aquí está mi lengua, que me la corte: mi cuerpo será demasiado feliz, sufriendo en todos sus miembros por su Criador. Estas generosas palabras de nuestro Soldado cortaron toda la fiereza de los Tiranos: veían un joven suspirar por el martirio, regocijarse á vista de los tormentos, y tragar, digamoslo así, la muerte, como una bebida. E4

(1) Maxímiano, y su Coléga.

bida deliciosa. Pero en tanto que deliberan sobre la resolución, y el partido que deben tomar, un soldado de los que se ponen al frente de las compañías para servir de guía á la fila, y que se preciaba de satirizar con chiste, emprendió burlarse del Martir sobre su respuesta. Ola, ola, Teodoro, le dice, ¿con que Dios tiene un hijo? ¿Y cómo le tiene? como los demás hombres? ¿Está sujeto á sus pasiones, y siente, como ellos, los desórdenes de la carne? No, respondió con gravedad Teodoro: el Dios que yo adoro no está sujeto á las flaquezas, ni á los groseros desórdenes de los hombres. Engendró un Hijo, es verdad; pero le engendró Dios; y el nacimiento admirable de este Hijo, es del todo divino. Pero tú, que te burlas sin razón, ¿no te avergüenzas de hacer de una muger una Diosa? ¿No tienes vergüenza de adorar una divinidad, que pare, y que hace otros tantos Diosesillos como una liebre hace lebrastos, ó una javalina lechoncillos? Con esta satírica réplica rechazó el Santo la insulsa, y fria sátira del idólatra. No obstante, afectando los dos tiranos el mostrarse clementes, y tomando un ayre de bondad fingida, dixeron en alta voz: Es necesario dar tiempo á este insensato para que vuelva de su locura; que puede ser que las reflexiones, para las que tendrá tiempo, le harán mas cuerdo. De este modo llamaban locura, y desvarió á lo que era la mas alta sabiduría; y querian hacer pasar el acto mas heroico de Religion, por baxeza de alma, y pu-  
sí-

silanimidad de genio. Así llaman borracho unas gentes anegadas en el vino á un Filósofo sobrio, y templado. Veamos ahora qué uso hizo el santo hombre de la dilacion que se le concedió.

Había en Amasea un templo dedicado á la madre de los Dioses (1), que los antiguos Paganos lo erigieron sobre la orilla del rio que baña los muros de esta Metrópoli. Sirvióse Teodoro de la libertad que le dieron, para poner fuego á este templo. Hasta el mismo viento favoreció su designio; y en pocas horas se vió reducido á cenizas este edificio. Esta fue la respuesta que dió á los tiranos, y que les hizo conocer lo que podian esperar de él. En tanto que la llama subía ya muy alta, se divulgó la noticia por toda la Ciudad. Teodoro, lejos de estarse oculto, ó á lo menos de pensar en disimular la sospecha del incendio, que se le podía atribuir á él, publicaba altamente que él era el autor. Gloriábase de ello como de una accion que le debía llenar de una gloria inmortal. Burlábase abiertamente de los Paganos: ridiculizaba los sentimientos que hacian sobre la pérdida de su templo, y de su Diosa. Cítanle los Magistrados: hácenle comparecer: habla con una libertad excesiva, y llena de confianza, como si nada tuviese que temer; de suerte que menos parece reo, que responde al interrogatorio, que juez que pregunta. Previénele con sus respuestas. En fin, viendo los Magistrados

(1) Cibeles, Berecintia, &c.

que no cedía de su firmeza, que no se mostraba asustado á vista de los suplicios, y que hablaba siempre con la misma seguridad, mudaron ellos mismos de language; y mostrándose afables para con Teodoro, emprendieron ganarle por promesas, y lisonjas. Si te quieres humillar, le dixeron, y hacer lo que te se pide, te empeñamos nuestra palabra, que en el instante mismo te se levantará del polvo, te se hará noble por el Príncipe, y nosotros te alcanzaremos la dignidad de Gran Sacerdote. A esta palabra de Gran Sacerdote, se puso Teodoro á reir; y tomando despues un ayre mas serio: A la verdad, dixo, que tengo á la condicion de simples Sacerdotes de vuestros Dioses por una de las mas indignas, y despreciables que hay sobre la tierra: considérolos como viles, y miserables ministros de una vana, y ridícula superstición: ¿pues qué se puede pensar del soberano principal de ellos? Su estado es menos digno de compasion que de horror. Así como entre los malos, el mas malvado tiene el primer lugar; y entre los vandoleros es elegido por capitan aquel que se ha señalado con un número mayor de muertes; y á la manera que entre los jóvenes perdidos, el mas estimado es el que denota mas prontitud para el exceso. Esto supuesto, no os afaneis en ponderarme vuestras ofertas: yo conozco mejor su precio que vosotros: ninguna cosa más detestable me podríais prometer. Mucho mas util es á qualquiera que quiere vivir en la piedad, y en la inocencia, pasar sus dias incógn-

cógnito, y despreciado en la casa del Señor, que ocupar un puesto honorífico en los palacios de los pecadores. Yo os aseguro que la ceguedad de vuestros Emperadores, cuyas leyes, y poder ensalzais tanto, me compadece bastante. ¡Quién lo creyera, que los que están mas elevados que los demás hombres, por el soberano poder de que están revestidos, se imaginan dar nuevo lustre á su diadema, tomando el nombre de Soberanos Pontífices! No ven que ajan la belleza de la púrpura imperial, cubriéndola con el lúgubre vestido de sacrificador: no ven que las funciones de este ministerio los degrada: llegan á ser cocineros, quando eran Emperadores, ocupándose de un modo indigno del trono, en matar pájaros, y en hacerlos cocer, manchándose en las entrañas de las bestias muertas; y se atraen el desprecio, y la indignacion de los pueblos, dexándose ver de ellos como carniceros, con las manos, y los vestidos ensangrentados.

Al oír los Jueces este razonamiento del Santo, se desvaneció la fingida dulzura, no pudiendo subsistir contra unas palabras tan fuertes, y tan urgentes. Prorrumpieron luego en injurias, llamándole impío, y rebelde: reprehendiéronle su poco respeto por los Emperadores, y los Dioses; y creyéndose obligados á vengar á unos, y á otros, le hicieron estender sobre el potro. Mientras que los verdugos, atentos á atormentarle, sudaban á gotas, el Santo, sin dar señal alguna de flaqueza, cantaba este versículo de los Salmos:

Yo

Yo bendeciré al Señor en todo tiempo: sus alabanzas estarán siempre en mi boca. Desmayábanse los verdugos; pero Teodoro cantaba como si se hubiese puesto á otro en aquel sitio. Quitáronle del potro, y lo llevaron á la cárcel: allí hizo luego muchos milagros: oíanse todas las noches armoniosos conciertos, y una infinidad de antorchas iluminaban aquella horrorosa habitación; de suerte que el carcelero acudía adonde estaban los presos, y se quedaba aturdido de no hallar, ni ver mas que al Martir, que reposaba, y á los demás presos profundamente dormidos; y en fin, por todas partes un gran silencio, y una profunda obscuridad.

En tanto, viendo los Jueces que todos sus esfuerzos no servian sino de hacer al admirable Teodoro mas firme, y mas inalterable en su Fé, fue preciso proceder á la sentencia de muerte, por la qual fue condenado á ser quemado vivo. Este Santo, hermanos míos, acabó gloriosamente su carrera; pero muriendo, nos dexó su vida para servirnos de exemplo, y su muerte para ser el objeto de nuestra veneracion. Mas há de un siglo que junta los Fieles al rededor de su sepulcro: desde él enseña á la Iglesia; ahuyenta los demonios, atrae los Angeles de paz, ora por nosotros, pide, y alcanza. Este sagrado sepulcro es el taller, ó laboratorio milagroso, si me es permitido hablar así, donde se componen remedios soberanos para todas suertes de enfermedades: es un puerto tranquilo, que recibe en su seno á todos los

los que son arrojados por los vientos de las aflicciones: es un tesoro inagotable, en donde la providencia bebe sin cesar para socorrer las necesidades de los pobres: es un hospicio apacible, y cómodo para los peregrinos, que la piedad conduce á él; y en fin, es como un dichoso país, en donde son continuos los regocijos, y las fiestas: donde se hace un concurso que jamás es interrumpido; porque aunque celebrásemos nosotros con una pompa extraordinaria este dia, como el aniversario del triunfo del Santo Martir, los demás dias del año no dexan de tener su solemnidad particular: la devocion cada dia se renueva, y trae á él nuevos peregrinos. Imaginaos una senda cubierta de hormigas, de las cuales unas suben, y otras baxan, y concibireis el camino que viene á este sepulcro. Pero nosotros, que tenemos hoy la dicha de solemnizar este dia, que el curso del sol regularmente nos trae todos los años, venimos todos juntos, ó bienaventurado Martir! á renovar la memoria de vuestra victoria, y á adorar baxo vuestra proteccion al Dios Todopoderoso, por quien vencisteis.

Venid, pues, ó gran Santo! venid á presidir la fiesta: acudid de qualquier lugar del cielo, que Dios os haya señalado para vuestra morada: ya os halleis en la mas alta region del ayre, ó en el cielo de algun planeta: ya esteis puesto entre los Angeles, ú ocupado en alabar á Dios con las Potestades, y las Virtudes: dexad, si ser puede, por un momento ese glorioso empleo, y venid á

á honrar con vuestra presencia un pueblo que os invoca. No es esta ya una tropa de idólatras, que se complace en haceros padecer, y que forma un espectáculo agradable de vuestros tormentos: es una asamblea de Fieles siervos de Jesu-Christo, que gusta de contemplaros por los ojos de la Fé, rodeado de la gloria que gozais en el cielo, y aumentar los honores que los hombres os dan sobre la tierra. Nuestras necesidades son grandes, y son muchas las que tenemos: interceded con el Gran Rey á favor de vuestra patria; porque es la de un Martir el lugar donde ha recibido el martirio; y sus ciudadanos, sus aliados, y sus cercanos son los que poseen sus reliquias, los que las conservan, y las veneran. Varias desgracias nos amenazan: cada dia las vemos acercarse: los Escitas se avanzan hácia nuestras fronteras; y esta cruel nacion siempre sigue el desorden, el horror, y la carnicería. Como soldado, combatid valientemente por nosotros: como Martir, hablad con esfuerzo. Aunque vuestra alma, esenta de passion, jamás haya conocido en ella las flaquezas de la naturaleza humana, á lo menos las ha conocido en las demás; no ignora cuáles son las necesidades, y miserias de la vida, los temores, y los sustos á vista de un próximo peligro. Pedid la paz, para que nuestras santas asambleas no sean interrumpidas, no sean turbadas, no sean disipadas por la guerra: haced que el soldado idólatra no venga con mano sacrílega á arrancarnos de los altares, y de vuestro sepulcro. Hasta ahora  
os

os reconocemos por nuestro protector; y si las armas de los Bárbaros han perdonado á esta Provincia, si gozamos de la libertad, y de la vida, somos deudores á esta poderosa proteccion: haced que lo pasado corresponda á lo por venir; y si acaso creis, gran Santo! y no hay sino la humildad que os lo pueda hacer creer, que sea necesario emplear para con Dios una recomendacion mas fuerte, oraciones mas eficaces, y un número mayor de intercesores; aquí teneis á nuestros hermanos los Mártires (1), que se unirán á vos. Id, tropa sagrada, pedid por una de pecadores, que la misericordia divina no se os podrá resistir. Incluid tambien á Pedro en nuestros intereses: interesad en ella á Pablo; y haced que entre Juan el Teólogo, y el Discípulo amado; que soliciten, que se esfuercen por la conservacion de las Iglesias que han fundado, y por las quales han dado su sangre, y su vida. Haced que los Idolos abatidos jamás puedan levantar cabeza. Que la heregía, aquella mala planta, no crezca en la viña del Señor: que la cizaña no sofoque la buena semilla: que las piedras, y la tierra esteril, y sin humedad, que no pueden dar sustento á la palabra, sean arrojadas fuera del campo de la Iglesia; siendo por vuestra poderosa intercesion, y la de vuestros compañeros, la República Christiana un país fertil, que esté cubierto

(1) Acaso Eutropio, Leónico, y Basilisco, á quienes los Griegos llaman los Compañeros de S. Teodoro.



de ricas mieses, que sea abundante en frutos, que todos los habitantes cojan en él en todo tiempo los de la vida eterna.

MARTIRIO  
DE S. APOLONIO (1),  
Y DE SUS COMPAÑEROS.

*Sacado del libro de Rufino de la Vida de los Padres, cap. 19. cotejado con la Historia Lausiaca de Paladio.*

**C**Uéntannos estos antiguos Solitarios, que en tiempo de la persecucion (2) vivía uno llamado Apolonio, cuya virtud, y mérito fueron recompensados con el Diaconado. Veíasele ir de celda en celda, y de Monasterio en Monasterio, á exhortar á los hermanos al martirio, é inspirarles su firmeza, y su valor. Pero preso, y puesto en la carcel, venian muchos Paganos para insultarle, y para tener el atrevido, y detestable placer de blasfemar en su presencia contra Dios. De este número era cierto flautero, llamado Filemon. Este hombre, que era agradable al pueblo por sus canciones, y bufonadas, queriendo ganar aun mas su afecto, procuraba injuriar al Santo Diácono de todas maneras. Llamábale faci-

(1) El dia 7 de Marzo. El año se ignora. (2) De Galerio.

cineroso, impío, impostor; y un hombre, en fin, que merecía el odio público. Apolonio no respondía otra cosa sino: Yo pido á Dios, hijo mio, que te perdone todos tus excesos, y que no te impute á pecado las palabras injuriosas que me dices. Sintióse tocado Filemon de la moderacion de este Santo Solitario; y conoció al momento que estas pocas palabras hacian en su corazon una impresion que tenía algo de sobrenatural, y de divina; de suerte que no pudiendo resistir mas á esta violenta mocion, dixo á voces, y dando gritos, que era Christiano. Hizo ruido esta declaracion; y bien presto llegó á oidos del Magistrado; y aun acercándose él mismo al tribunal, le dixo animosamente en presencia de un tropel de pueblo, que le rodeaba: Obrais como mal ministro, quando castigais á unos inocentes, á unos hombres amados de Dios, y á unos santos Religiosos: los Christianos son irreprehensibles, así en su doctrina, como en sus costumbres. El Juez, que conocía á Filemon por un hombre, cuyo mérito consistía en hacer reir, y burlarse de todas las cosas, creyó al principio que meditaba alguna escena burlesca; pero reconociendo en fin, que hablaba seriamente, le dixo: Tú has perdido el juicio, y ya careces de aquel buen gusto que tenías. No soy yo, respondió, el que ha perdido el juicio, sino tú mismo. Sí, tú, á quien posee un injusto furor, y hace derramar la sangre de una infinidad de gentes. Pero te declaro que soy Christiano; y sábete que no hay hom-